

## SOR JUANA EN NUESTRA VIDA LITERARIA

Señoras y señores:

Al comenzar este ciclo de conferencias en honor de Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa de México, quiero, ante todo, felicitar al Grupo pro Arte de Tampico, a cuya entusiasta iniciativa se debe el homenaje con que esta provincia mexicana celebra el Tercer Centenario del nacimiento de nuestra poetisa.

“Noble es el que se acuerda”, y nada indica mayor nobleza que la expresión de nuestra gratitud y nuestro amor hacia quienes, contribuyendo al prestigio y la gloria de México, han colaborado a perfilar la fisonomía de nuestra patria.”

“¿Quién puede poner en duda que la Monja de México, por ambos motivos, se ha hecho acreedora a nuestra gratitud y a nuestro amor más entrañables?”

Quiero asimismo expresar mi más sincero agradecimiento a los organizadores de estas fiestas por la cordial invitación que me han extendido para participar en estos actos conmemorativos.

Y por último, debo confesar mis temores: la conciencia de la magnitud de los problemas que ofrece Sor Juana y el reconocimiento de mis propias limitaciones.

“Sor Juana –dice don Manuel Toussaint-, cierto, ¡qué espíritu más difícil de comprender! Para los ortodoxos resulta demasiado libre, tanto en poesía como en costumbres, como en su mismo carácter femenino. Fue mucha mujer esta mujer... Sabemos tan poco acerca de la vida de Sor Juana que es casi imposible prescindir del factor imaginativo en una biografía de ella”.

Sí. Su personalidad es tan extraordinaria, que humilla el intento de comprenderla; su obra es tan rica en aspectos y matices que, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre ella, parece permanecer inviolada e inagotable. Ahí está –ya definitivamente universal-: misterio para el biógrafo; prodigio para el crítico; gozo -ancho y hondo placer estético- para el

corazón de los lectores. Alta y señera en los pensamientos que esconde y en el milagro diariamente renovado de su poesía.

Con mucho temor, pues, me atrevo a tocar en estas conferencias sólo algunos aspectos de Sor Juana. Por ello –y sólo para llegar a aproximaciones- he querido moverme primero por las orillas, orientarme por los senderos ya caminados, ilustrar mis ojos con luces encendidas. De ahí el título de la presente conferencia: Sor Juana en nuestra vida literaria. Después he tratado de asomarme a su época –la menos explorada de nuestra historia- para conocer el marco donde se trenzan los minutos de su existencia prodigiosa; donde florece su genio, resplandece su poesía y se enciende su santidad. Esto explica la denominación de la segunda conferencia: La circunstancia de Sor Juana. Toco, por último, dos aspectos esenciales: uno, referente a su obra: el estilo; otro, referente a su vida: su vocación. Aproximación estilística y Vocación intelectual son los títulos de las conferencias respectivas.

Nada necesito agregar. Acaso, pediros que sepáis compensar las deficiencias inevitables con el enorme amor que he puesto en estos estudios acerca de nuestra Décima Musa.

Vayamos, pues, bajo los auspicios de nuestra historia, al primero de nuestros temas.

• • •

En el apartado que de sus Letras de la Nueva España dedica a nuestra monja jerónima, dice D. Alfonso Reyes: “Sor Juana se nos presenta todavía como una persona viva e inquietante. Se escudriña su existencia, se depuran sus textos, se registra su iconografía, se levanta el inventario de su biblioteca; se discute, entre propios y extraños – en México, en Estados Unidos, en Alemania- el tanto de su religiosidad, no faltando quien, en su entusiasmo, quiera canonizarla. Por ella se rompen lanzas todavía. Es popular y actual. Hasta el Cine ha ido en su busca. Y como se ha dicho sutilmente, no es fácil estudiarla sin enamorarse de ella”.

No concebimos mejores palabras para expresar la popularidad y la actualidad de Sor Juana. Pero, ¿ha sido esto siempre así a través de la historia de nuestras letras? ¿Cómo ha sido juzgada su personalidad y su obra en nuestra vida literaria?

Espiguemos sólo 4 juicios correspondientes a 4 épocas de nuestra historia:

El primero, tomado del sabrosísimo romance del Conde de la Granja en elogio de nuestra poetisa, dice así.

“Sabed, pues, que vuestras obras  
a mis manos han venido,  
a modo que la fortuna  
suele venirse al indigno.

Leílas, volviendo a leerlas,  
con ganas de repetirlo  
tercera vez y trescientas,  
del fin volviendo al principio.  
hallando tal novedad  
en lo propio que he leído,  
que me parece otra cosa  
aunque me suena a lo mismo.

Querer comprenderlas es  
un proceder infinito,  
porque dan de sí, según  
las alarga el lector pío.

.....

No hay profesión, ciencia, ni arte,  
u otro primor exquisito  
que su perfección no os deba,

si su origen no ha debido.

.....

Bien logró Naturaleza  
los borradores que hizo  
en todas las mari-sabias  
hasta sacaros en limpio.

.....

Sois... mas no sé lo que sois,  
que, como al querer mediros,  
en el mundo estáis de nones,  
no tenéis comparativo.”

El segundo, tomado del Prólogo que J. Nicasio Gallego pone a las poesías de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, establece:

“Puede asegurarse que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extensión y crédito merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, Monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo a sus coetáneos el nombre de la Décima Musa... Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, bastasen a justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mexicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los más infelices de la literatura española, y sus versos atestados de extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauración del buen gusto”.

El tercero de don Ignacio Ramírez, el Nigromante, habla del “mérito vulgar” y de la “medianía” de “tan pobre monja” y compara la altura a que se encontraban nuestros casimires con la de Sor Juana.

El último, de Amado Nervo, afirma; refiriéndose a los que atacaban a Sor Juana por la influencia de Góngora sobre ésta:

“...parece mentira que haya que recordarlo a los pacatos, ponderados y medrosos enemigos del de Argote: éste fue un altísimo poeta... el primero de los poetas españoles... Y ahora, que siga arrojando sobre la jerónima eximia el guijarrillo de su escándalo tal o cual temerosa ave de corral del pensamiento, de esos incapaces de salvar las tapias de su gallinero y perennemente asustadas del vuelo temerario de los neblíes, los gerifaltes y los aguiluchos”.

El desacuerdo entre estos cuatro juicios no puede ser más palpable.

¿Cuál ha sido, pues, la valoración que la personalidad y la obra de Sor Juana ha merecido a través de casi tres siglos? ¿Cuáles han sido sus venturas y sus desventuras en nuestra vida literaria?

Y recordamos el caso de Lope, y el de Calderón, y el de Góngora. Tres valores del siglo XVII que, derribados por el siglo XVIII, encontraron por fin –en sucesivas etapas- su lugar de honor en el cielo del arte.

¿No habrá corrido nuestra Musa una suerte parecida? Como Calderón, es también genio crepuscular, que se enciende entre las sombras de la decadencia, fulgor último de una edad que ya moría. Como el propio Calderón, y Góngora, y Lope, también Sor Juana gravita en el orbe mental y estético del Barroco.

Y a este recuerdo se une el de nuestra historia: tumultuosa, contradictoria, apasionada. Y pensamos: ¿No habrán influido aparte la actitud estética- motivaciones de tipo político en la parcialidad, la injusticia y la ceguera de muchas de las opiniones de nuestros críticos?

En todo caso, las interrogaciones anteriores revelan el interés que logra despertar la investigación histórica de los juicios que la Monja de México ha merecido en la vida de nuestra literatura.

Es lástima que aquí –por la consideración que el tiempo de ustedes me merece- sólo pueda proceder por generalidades.

### 1. Sor Juana en la opinión de sus contemporáneos

La admiración que Sor Juana Inés de la Cruz logró despertar en los escritores de su tiempo difícilmente encuentra par en la historia de la literatura castellana. Ninguna figura ha logrado tal unanimidad en la alabanza y el encomio. Bastaron unos cuantos años para que su fama llenase el mundo español y el mundo americano, imponiendo un cordial vasallaje a los corazones y a las inteligencias. Las censuras, prólogos y consideraciones críticas que acompañan a las primeras ediciones de sus obras y la miríada de poemas que a su muerte ilustran con crespón de luto el cielo literario son el mejor testimonio de su fama y de su gloria. En las alabanzas –que con frecuencia desbordan hacia el panegírico hiperbólico- se expresa una sincera admiración sin reticencias.

Habría que leer todos los testimonios contenidos en las ediciones primeras de las obras de nuestra poetisa para adquirir un cabal conocimiento de la medida que la gloria y la fama de nuestra monja alcanzó en las postrimerías del siglo XVII.

En la imposibilidad de hacerlo por ahora, el siguiente resumen puede dar una idea de los motivos que fundaban la admiración que por ella sintieron sus contemporáneos. Todos destacan en su obra el vivísimo ingenio; la abundancia, sutileza y profundidad de los conceptos; la propiedad y tersura de las voces; la cultura sin afectación de las metáforas; la reconditez y singularidad de las noticias; lo amaestrado del discurso, la limpidez de la cadencia; lo natural del estilo y de las consonantes; el aseo, el decoro y la pureza de la pluma; lo propio de las translaciones; lo sólido y verdadero de las alegorías; lo galante de las alusiones, y la vastísima erudición.

¿Quiénes eran los que estas cualidades observaban? Luis tino de Morales, Abad del Convento de San Joaquín y Predicador de su Majestad, Juan Navarro Vélez, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición, el Revmo. P. Diego Calleja, protobiógrafo de Sor Juana; el Doctor D. Jacinto Muñoz de Castilblanque, Arzobispo electo de Manila en filipinas; D.

Ignacio Castorena y Ursúa –precursor del periodismo literario en México; D. Carlos Sigüenza y Góngora, preclaro científico y humanista; el P. polaco J. Miguel Ketten; el citado Conde de la Granja, poeta peruano; etc., etc.

No es, pues, exacto lo que Ermilo Abreu Gómez ha dicho con respecto a la crítica en el siglo XVII. No es totalmente exacto. Afirma este estudioso de Sor Juana que el siglo XVII no acertó a ver los errores de nuestra monja ni se atrevió a señalar las oscilaciones de su talento y las impurezas de su inspiración; que había en sus émulos más rendimiento que juicio y se inclinaron ante ella como ante un ser milagroso. Y agrega: “una monja mitad española y mitad mexicana que nace en el olvido de una alquería, sabe cosas disímiles, critica a los teólogos, compone versos eróticos y aun picarescos y es amiga de virreyes y arzobispos, tenía que resultar, para aquella sociedad devota y ritualista, un ente inusitado, diabólico o de predestinación celestial”.

No, nada apoya los juicios de Abreu. La explicación es mucho más sencilla si se recuerda el sistema de preferencias en la realización de los valores estéticos que caracteriza la poética del barroco decadente en los finales del siglo XVII. Todo este sistema reconocía como pibote el concepto del Ingenio, del cual debía ser encarnación el poeta.

No puedo detenerme en una explicación minuciosa de las diversas formas en que operó –dentro del barroco- este concepto. Baste decir que el ingenio implicaba una refinada espiritualidad que reunía en sí misma la osadía, la fuerza y la agilidad de la inteligencia, la finura de la gracia, la agudeza de la ironía, la prontitud en la réplica, la originalidad y el buen gusto. Para ser poeta era necesario, pues, expresar pensamientos elevados, sentimientos conmovedores, noticias peregrinas y hacer gala de una vasta erudición.

Conforme a estas pautas tuvo que ser juzgada Sor Juana, y era natural que los ojos de sus contemporáneos se deslumbrasen frente a su ingenio portentoso. Si bien se observa, no hay uno sólo de los elementos requeridos por el ingenio que no haya sido destacado en el resumen de los juicios contemporáneos a su obra que antes hemos presentado. Enormemente significativo es el título y la portada con que aparece el tomo I de sus obras en 1689: Inundación castálida de la única poetisa, Musa Décima, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el Monasterio de San Jerónimo de la imperial Ciudad de México, que

en varios metros, idiomas y estilo, fertiliza varios asuntos: con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos: para enseñanza, recreo y admiración...etc.

Es cierto que ya la época de Sor Juana se iniciaba el cambio de la poética del ingenio –potencia natural- hacia la poética de la ingeniosidad –forma artificiosa-; es cierto que la poesía ya comenzaba a caer en la acrobacia verbal y el amaneramiento. Con verdadero horror recordamos aquella literatura de acertijos, acrósticos, centones, versos que se leían al revés y al derecho; versos que significaban fechas; sonetos que al final recolectaban consonantes. Pero ninguno de los críticos que hemos citado destaca estos o parecidos primores en la obra de nuestra Monja. Los contemporáneos de ésta vieron lo que la poética del ingenio les permitía ver: erudición, conceptos elevados, estructura formal perfecta.

Hoy pedimos otra cosa a la poesía: que se apodere de nuestra alma; que toque y encienda nuestro corazón con blandos estallidos de amor o con zarpazos; con su musicalidad heridora, con su aroma impregnante o con su hiriente brutalidad.

Nada de esto dijeron de Sor Juana sus contemporáneos. ¿Se había perdido para entonces la magia de Garcilaso, el hechizo de Fray Luis de León y el prodigio de San Juan de la Cruz?

Responda cada quien lo que quiera. Lo cierto es que en la poesía de Sor Juana hay también aroma de lágrimas, gozosa serenidad y gritos cimeros de perfecciones últimas.

## 2. Sor Juana en los siglos XVIII y XIX

Durante la primera mitad del siglo XVII –salvo las ediciones reiteradas de sus obras que llegan hasta 1725- apenas si fue considerada la personalidad de nuestra poetisa: el P. Juan Antonio Oviedo da noticia de hechos notables de su vida en la biografía del P. Antonio Núñez de Miranda –confesor de Sor Juana-, y el P. Miguel de Torres le dedica algunas páginas en la del obispo Fernández de Santa Cruz –la famosa Sor Filotea-.

En la segunda mitad del siglo hay que situar la interesantísima biografía que traza en su Biblioteca mexicana el meritísimo bibliógrafo D. Juan José de Eguiara y Eguren y las alusiones que en los “Prólogos” a la misma hace de Juana Inés. Detengámonos un instante en una de estas alusiones sólo para constatar el conocimiento que por los años de 1855 se tenía de la obra de Sor Juana:

“¿Qué diremos –se pregunta Eguiara- de nuestra monja Sor Juana Inés de la Cruz, cuyos libros, publicados en Madrid, siete veces reimpressos en otros lugares de España en el siglo pasado y dados reiteradamente a las prensas más tarde, han hecho conocidísima de españoles y extranjeros, a la que ha merecido el nombre de Décima Musa y los insignes elogios de los varones más ilustres? Todas estas obras son tan corrientes, que no sólo se las encuentra de continuo en manos de los profesores de literatura, mas también en las de cualquier persona culta o en las del noble dotado de alguna ilustración”.

Muy valiosa también –y sistemáticamente citada por los críticos posteriores- es la referencia que en su Teatro crítico universal hace el P. Feyjoo. Héla aquí:

“La célebre monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz, es conocida de todos por su erudición y agudas poesías, y así es excusado hacer su elogio... Ninguno acaso la igualó en la universalidad de conocimientos de todas facultades... Aunque su talento poético es lo que más se celebre fue lo que menos tuvo”.

Adviértase de paso que el juicio de Feyjoo no implica –como generalmente se ha creído- la negación del talento poético de Sor Juana, sino la preferencia sobre éste de la universalidad de conocimientos de todas las facultades.

Nada más registra el siglo XVIII.

• • •

Las guerras de Independencia impiden en los primeros años del siglo XIX toda dedicación biográfico-crítica- en 1816 aparece, sin embargo, el tomo I de la Biblioteca hispanoamericana, donde J. M. Beristain traza una pequeña biografía de Sor Juana, y en

1832, Tadeo Ortiz de Ayala en su obra intitulada México considerado como nación independiente y libre se refiere a ella con más o menos amplitud.

No es sino a partir de 1844 cuando comienza a engrosar la bibliografía sobre la Monja de México. Hacia fines del siglo es tan numerosa que sólo el consignar los títulos registrados iría más allá de los límites de esta conferencia.

Voy a proceder nuevamente por síntesis, deteniéndome apenas en aquellos juicios, claves para la evolución de la crítica.

En 1844 Guillermo Prieto, desde las páginas del Museo mexicano, y después de pintar el más injusto, sombrío y dramático panorama de nuestra literatura colonial, inicia una valoración que va a dejar su huella en casi todas las valoraciones que sobre nuestra poetisa establecieron los escritores del siglo XIX. Detengámonos en ella.

“No obstante –dice- el mérito que se reconoce generalmente en Sor Juana Inés, su fecundidad extraordinaria, y su erudición verdaderamente maravillosa en México y en aquellos tiempos; sus poesías pertenecen desgraciadamente a la mala época a que dio su nombre Góngora, y en metáforas extravagantes y en pensamientos ampolludos y ridículos puede competir con los más disparatados escritores del tiempo de Quevedo... Ciertamente es que pueden citarse algunas de sus composiciones con orgullo, por la delicadeza de los sentimientos, y por la dulzura de la expresión; cierto es que el defecto de que adolecen sus obras es de su época; pero también es cierto que Sor Juana si se puede presentar con orgullo por su prodigioso ingenio, no debería jamás ofrecerse como modelo”.

No debemos olvidar que estamos en la época de la llamada “restauración del buen gusto”. Y en aras de éste se olvida o se enturbia la gloria de nuestra monja jerónima. Todos los juicios subsiguientes hasta 1874 van a la zaga de Guillermo Prieto.

El año de 1874 marca una fecha memorable en la historia de los estudios Sorjuanistas. El 12 de diciembre se celebra el primer homenaje del México independiente a la memoria de nuestra Décima Musa en la Velada que organiza en su honor el “Liceo Hidalgo”, a propuesta de don José María Vigil. En ella toman parte el propio Vigil, don Francisco Sosa, don J. Jesús Cuevas, la señora Laureana Wright de Kleinhans, los poetas

José Rosas y Aurelio Horta y la poetisa Josefina Pérez. Oigamos lo que a propósito de esta Velada nos cuenta la señora de Kleinhans:

“Tan mal conocidos eran –dice- los méritos de aquella extraordinaria monja que, juzgada comúnmente como vulgaridad mística, o cuando mucho como una mediana poetisa... al tratarse en la sociedad literaria “Liceo Hidalgo”... de dedicar una Velada a la memoria de la insigne escritora, no faltaron socios que acogieran mal la proposición, o que la recibieran con una indiferencia semejante a desprecio; y aun temióse que la noche de la Velada, los maestros Ramírez y Altamirano, liberales exaltados, promoviesen una discusión contra los oradores que debían tomar la palabra en honor de Sor Juana Inés...”

El temor sobre la posible discusión de Ramírez y Altamirano debió ser muy fundado, a juzgar por los juicios que ambos –cegados por su jacobinismo- dejaron en sus alusiones a Sor Juana. Ya hemos visto la opinión del Nigromante, y Altamirano recomendaba dejar a nuestra Décima Musa quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros.

Interesantísimo y curioso momento aquel en nuestra historia literaria: un mundo donde alternaban, chocaban y discutían actitudes vitales, estéticas y políticas: conservadores y liberales, neoclásicos y románticos, católicos y jacobinos. Criterios y tensiones opuestos, irreconciliables. Y ¡qué altura y grandeza la de Sor Juana! Unir en su obra y su persona –salvo los casos de jacobinismo extremo- la simpatía y la admiración de todos.

No puedo detenerme en la consideración de los juicios que cubren esta última parte del siglo XIX. Pero he aquí las constantes que en ellos se manifiestan.

1. Preocupación por valorar nuestra historia literaria. Sin embargo, los apuntamientos logrados obedecen más a prejuicios estéticos y políticos que a un esfuerzo serio de investigación serena y consciente. Es verdad que las condiciones históricas de México –las guerras y las luchas de partidos- y la vigorosa tendencia de afirmación mexicanista eran poco adecuadas para la reconstrucción objetiva de nuestro pasado; pero esto no justifica ni la ignorancia ni la mala fe con que normalmente se procedía. El desprecio por la Colonia, las afirmaciones de su oscuridad, de la opresión y el mal gusto

imperantes en ella, se manifiesta y se repite hasta el tedio. Sólo voy a ilustrar esta actitud con un ejemplo. En su estudio sobre Sor Juana, dice don Gustavo Baz refiriéndose a la Colonia:

¿Qué era la Nueva España en aquella época? Una colonia, receptáculo de todo lo malo, de todo lo detestable de su metrópoli. A poblarla venían los aventureros de la península, los labriegos y campesinos ambiciosos de una fortuna, los galeotes y los frailes; en la vasta extensión de su territorio vegetaban las poblaciones indígenas, sin ilustración alguna, fanatizadas por los curas españoles y sirviendo de instrumentos a los hacendados europeos; en los grandes centros de población residían las autoridades peninsulares, los ricos, los aventureros que sin ilustración alguna se encontraban de repente dueños de un gran caudal y gozando de prerrogativas fundadas en el hecho de haber nacido en España; el que nacía en México, por sólo esta circunstancia era considerado como un ser inferior, aunque fuese hijo de padres españoles, y como los hombres que dominaban por su autoridad e influencia eran esclavos de rancias preocupaciones, pertenecían al clero español, el más retrógrado de la Europa entera, o eran personas iliteratas por las circunstancias en que habían arribado a las playas de la colonia, la instrucción pública, si tal puede llamarse a la que se impartía en la Nueva España, se reducía a una rutina necia y a ciertos conocimientos tan atrasados respecto de España, como los de España estaban respecto de Europa. Todos los habitantes de la Nueva España vivían contentos o ignorantes de aquel embrutecimiento social, y los cerebros educados en él seguían su impulso, aislados del mundo civilizado e imitando servilmente las costumbres de la metrópoli”.

No sin estupor nos preguntamos: ¿se puede concebir mayor ignorancia, mayor ceguera y mayor mala fe?

2. Lo anterior explica que la valoración de Sor Juana se haga normalmente en función de su época y que, dada la visión que de ésta tenían, su aparición sea considerada como milagrosa y sobrenatural: una luz en medio de las tinieblas, una flor en el yermo, “una torre en un campo solitario”. Todos hacen mención de su inteligencia; muchos de su virtud, y algunos, tratando de defenderla, la presentan con mentalidad liberal y progresista.

3. La poesía de Sor Juana es juzgada siempre con parcialidad. El criterio general es antibarroco –más concretamente antigongorino-. Por ello sólo se destaca el mérito de los

poemas en que nuestra monja se aparte del autor de las Soledades. Muy rara vez el criterio es distinto; aunque hay quien finja que Sor Juana no fue contaminada por las aberraciones de Góngora.

4. En torno de su vida se deja correr libre la imaginación. El romanticismo inventará amores imposibles, desengaños, persecuciones, asedios, celos, etc., etc.

Pero, por una razón u otra, el siglo XIX da a conocer a Sor Juana; la rescata del olvido y la eleva al puesto de honor más alto en nuestras letras. Nadie le disputa el centro.

A los nombres ya consignados agréguese los de Emilio Pardo, Juan León Mera, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Victoriano Agüeros, R. B. de la Colina, Rivera Cambas, E. Fuentes y Betancourt, José T. Cuéllar, Francisco Pimentel, José María Roa Bárcena, D. Marcelino Menéndez Pelayo, D. Luis González Obregón y Manuel Sánchez Mármol, y se tendrá la nómina más importante de los escritores a quienes se debe esta nueva valoración de nuestra Musa.

Por la decisiva importancia que en la crítica de los primeros treinta años va a tener el juicio de Menéndez Pelayo, voy a leer los párrafos más interesantes:

“...el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora... es algo tan nuevo, tan normal y único, que, a no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas”.

Después de referirse a la atmósfera de pedantería y aberración literaria en que vivió Sor Juana, continúa: “por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron a algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto... Los versos de amor profano de Sor Juana son de los más suaves y delicados que hayan salido de pluma de mujer... No es menor en sus versos místicos... Lo más bello de sus poesías espirituales se encuentra... en las canciones que intercala en el auto El divino Narciso... Tan bellas son, y tan limpias, por lo general, de afectación y culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León

que de una monja ultramarina, cuyos versos se imprimían con el rótulo de Inundación castálida”.

El prejuicio antigongorino que se nota en estos párrafos se acentúa cuando el eminente crítico hispano se refiere a los admiradores contemporáneos de Sor Juana, a quienes califica de enfáticos y pedantes:

“De fijo –dice- que todos ellos admiraban mucho más a Sor Juana cuando en su fantasía del Sueño se ponía a imitar las Soledades de Góngora, resultando más inaccesible que su modelo o cuando en el Neptuno alegórico apuraba el magín discurriendo emblemas disparatados...”

### 3. Sor Juana en el siglo XX

Era forzoso prolongar la cita de Menéndez Pelayo, porque –como lo había advertido- muchos de los críticos de nuestro siglo no han hecho otra cosa que repetir con fidelidad absoluta las opiniones de don Marcelino. Anotemos en esta corriente a don Luis G. Urbina, al Dr. Galindo y a nuestros historiadores González Peña y Jiménez Rueda, como principales.

No todo, por fortuna, ha sido repetición. Ya en 1910 Amado Nervo intentaba en su alado libro Juana de Asbaje una valoración integral de la obra de nuestra poetisa, defendiendo –¡oh escándalo para la época!- a Góngora y, por consiguiente, la parte en que Sor Juana parece seguir al genial poeta de Córdoba –según quedó apuntado al principio de esta conferencia-.

Otros intentos relevantes biográficos y críticos hay que registrar en el primer cuarto del siglo XX.

En 1913, Pedro Henríquez Ureña aporta datos para la edición definitiva de las obras de nuestra Musa y en 1917 publica una interesante bibliografía. El mismo año de 13 el obispo de León, Monseñor Valverde y Téllez destaca el mérito filosófico y esboza asimismo la bibliografía de Sor Juana. En 1916, don Manuel Toussaint saca a la luz las Poesías escogidas, y en 1928 la Obras escogidas de Sor Juana Inés de la Cruz, con un prólogo en que trata de quitar a nuestra jerónima el “sambenito del gongorismo”. En 1925

aparecen la merítisima bibliografía de Miss Dorothy Schons y La lengua castellana en México, estudio en donde Alberto María Carreño aporta datos de importancia sobre el siglo XVII en su aspecto cultural.

Hacia 1928, el camino para una total revisión y valoración de Sor Juana estaba abierto.

Se contaba, en primer lugar, con un conocimiento cada vez más hondo y comprensivo de nuestra literatura en el siglo XVII, motivado por la seriedad que comenzaba a cobrar la investigación histórica y el enriquecimiento progresivo de nuestras bibliografías. La leyenda de la oscuridad cultural de la Colonia y de la dependencia indigna de nuestra literatura con respecto a la de la metrópoli se iba desvaneciendo. La mirada investigadora se iba llenando de gravedad y admiración.

Es segundo lugar, en el campo de la crítica literaria se había venido operando en Europa y en América un cambio de valoración con respecto al barroco y, en especial, con respecto a Góngora. Hemos visto que este cambio es ya explícito en amado Nervo a quien debemos unir los nombres de Paul Verlaine y de Rubén Darío; pero toca a nuestro Alfonso Reyes y a la llamada generación española del 20 –García Lorca, Alberti, Guillén, Salinas, Gerardo Diego, Dámaso Alonso- el mérito de haber devuelto a su justo sitio de honor en las letras universales al autor del Polifemo. La obra poética de Góngora es estudiada fervorosamente, acotada con minuciosidad, prosificada, analizada estilísticamente, defendida con pasión. Gracias a este grupo de poetas españoles, Góngora el oscuro, el extravagante, el pervertidor del buen gusto, puede presentarse ahora como “un empeño cimero, el de la última perfección extrema”. No resisto la tentación de dar a conocer este juicio inédito de Dámaso Alonso:

“Góngora... trabaja como miniador o como orfebre. La palabra parece plata, oro, metal noble y maleable bajo su cuchilla; la trenza en infinitos arabescos; cada giro, cada voluta tiene un valor expresivo. Esta abundancia no es dilapidación... Nunca el arte de la palabra ha llegado más allá; él estudia –o mejor intuye- el color de los vocablos, la rica gama de matices de las vocales... El ritmo le obedece, y viene aún a doblar la virtualidad fonética de las vocablos, ya encabritándolos en saltos y tirones, ya haciéndoles suaves o

frescos y jugosos... Góngora es el artista de la palabra más duro, sabio, obstinado, vehemente, abrasado que ha producido el mundo, en cualquier época. El creador del mundo poético más compacto y de una nitidez estética más penetrante. Cima de la intensidad expresiva”.

Con esta restauración de Góngora, la revisión de la influencia del poeta cordobés en Sor Juana era ya posible y, con ella, la total situación estilística de su obra.

En tercer lugar, la investigación en archivos –cada vez más en auge- hacía alentar la esperanza de deshacer la parte de sombra que la de Sor Juana siempre había presentado y que venía siendo sustituida por la imaginación de sus biógrafos.

Por todas estas brechas se ha venido adelantando desde entonces. Ya conocidos de todos son los trabajos meritorios de Fernández MacGregor, Alfonso Junco, Xavier Villaurrutia, Valbuena Prat, Francisco Monterde, Enrique Diez Canedo, Pedro Henríquez Ureña, Arturo Torres Rioseco, Julio A. Leguizamón, Gómez Restrepo; pero, sobre todo, de D. Ezequiel A. Chávez, Ermilo Abreu Gómez, Karl Vossler, Alfonso Reyes, Alfonso Méndez Plancarte y Guillermo Ramírez España, este último en el orden de la investigación.

Gracias a todos ellos, la vida y la obra de sor Juana han ganado en profundidad, perspectiva y esplendor.

Sobre su existencia sabemos hoy bastante más de lo que nos cuentan, ella misma, en su Respuesta a Sor Filotea de la Cruz, y su primer biógrafo el R. P. Diego Calleja. El conocimiento de la biografía de Eguiara y Eguren –dada a conocer hasta últimas fechas- y de los documentos aportados por D. Luis González Obregón, Miss Dorothy Schons y Lota M. Spell habían aclarado algunos aspectos de la vida de nuestra Décima Musa, pero ésta cobra nuevos perfiles con los documentos que sobre ella ha publicado o dado a conocer Ramírez España. Tales documentos sobre la partida de bautizo que recorre a 1648 la fecha del nacimiento de Juana Inés, y el testamento de Isabel Ramírez –madre de nuestra monja- en que declara ser de estado soltera, dan nueva luz en los aspectos de su vida y de su obra que magistralmente indica don Alfonso Menéndez Plancarte. Sin embargo, aún queda mucho en la sombra y tenemos que suplir con esforzada psicología –de validez hipotética- otros aspectos que tal vez nunca nos sea dado conocer.

Más afortunados somos con respecto a su obra. La crítica y la estilística contemporáneas han ido poco a poco quitando velos, dando pautas más certeras y más justas de valoración, depurando y situando textos, ampliando la bibliografía, haciéndola crecer en dimensión y belleza. Basta leer el hermosísimo apartado que don Alfonso Reyes – corona del coro sorjuanista- le dedica en el libro que ya hemos citado; o el magistral estudio de Karl Vossler sobre la Décima Musa de México; o los grávidos prólogos que al tomo III de Poetas novohispanos, al Primero Sueño y al tomo I de las Obras completas dedica –son autoridad indiscutida- el mismo P. Méndez Plancarte; o el inteligente y admirable libro –el homenaje más cabal a Sor Juana- de don Ezequiel A. Chávez, o, en fin, los innumerables trabajos de Abreu Gómez –a pesar de sus delirantes juicios para comprender lo decisivo de sus aportaciones.

• • •

Así, admirada y exaltada hasta la hipérbole en el siglo XVII; imponiendo su gloria y su prestigio en el XVIII; desconocida, negada, discutida, imaginada, restaurada parcialmente en el XIX, y ascendiendo en el siglo XX a su óptima luz, ha pasado Sor Juana por nuestra vida literaria.

Cierto; hoy la conocemos y la admiramos más. Y, sin embargo, ahí está: misterio para el biógrafo, prodigio para la ciencia literaria, ancho y hondo placer estético para el corazón de los lectores. Alta y señera en su universalidad.

Misterio de su persona, misterio también de su obra; porque, en definitiva toda poesía se nutre y se resuelve en el misterio.

Alfonso Rubio y Rubio